

LAS FUENTES DE LA CONCIENCIA HISTÓRICA. ¿CRISIS DE LA HISTORIA O DE LA DISCIPLINA?*

Marc Ferro

Hoy más que nunca antes, es difícil escribir Historia. Sin duda, Rusia es uno de los países donde existe un mayor nivel de conciencia de esta situación, debido a que, en el curso de su caída, el régimen comunista acarreó consigo una manera de analizar las sociedades, que se ostentaba como científica e irrefutable. En la Unión Soviética, en efecto, la Historia tenía como función avalar la legitimidad del régimen, la precisión del análisis de sus dirigentes, la significación de los hechos; asimismo, debía mostrar que sus actos eran coherentes.

Pero una vez que el régimen se colapsó, sus oficiantes ya no supieron qué decir.

En realidad, este modo de análisis había sido cuestionado desde antes de la *glasnost*, si bien no públicamente. En efecto, era bien sabido, en gran medida gracias a la literatura disidente, que las novelas proponían una descripción del pasado, sobre todo del reciente, mucho más confiable que las reconstrucciones de los historiadores; desde los textos de Solzenitzin hasta Grossmann, se plantearon verdaderos problemas históricos, en lugar de que éstos fueran abordados por los académicos; lo mismo sucedió entre los cineastas, desde Tarkovski hasta Aboulazde. Con el advenimiento de la *glasnost*, la necesidad de un retorno a un pasado auténtico se tradujo en una multiplicación de investigaciones orales en torno a la historia de la sociedad soviética (cf. la creación del primer *Pamjat*, del *Memorial*, etc.), siguiendo la exigencia de los historiadores de tener un libre acceso a los archivos.

Volveremos más adelante a estos rasgos, pero antes conviene plantear claramente que la crisis de la Historia, o mejor dicho, la crisis de su sentido y del de la disciplina

* Traducción de Adriana Sandoval.

misma, no es únicamente una característica de la antigua Rusia, si bien en este país es donde se percibe más claramente. El fenómeno es general: Occidente también lo experimenta, y está ligado parcialmente a la crisis general de las sociedades.

Desde que las sociedades perdieron sus propósitos, desde que el comunismo y el liberalismo firmaron su quiebra, estos regímenes viven actualmente una historia sin horizontes. No alcanzan a diagnosticar su presente ni a descifrar el origen de la crisis ni de sus fracasos. Esta incapacidad se traduce en una crisis de la disciplina histórica.

Algunas personas han llegado a preguntarse hasta qué punto es confiable la historia, si se trata de una ciencia capaz de desarrollarse, o bien si solamente es una ideología aplicada.

Así, conviene estudiar los centros en donde se produce la historia. Pero antes de observarlos, así como a la naturaleza de los discursos históricos que cada uno de estos centros produce, es necesario tomar en cuenta los hechos globales que repercuten sobre la disciplina, y no solamente en la antigua Unión Soviética.

El primer hecho global es la crisis de las ideologías que han sido preponderantes durante los siglos XIX y XX, ya sea el marxismo y sus variantes, ya sean las distintas formas del liberalismo. Desde hace uno o dos siglos estas concepciones del mundo llegaron a sustituir a las grandes religiones, que hasta esos momentos otorgaban un sentido a la Historia. Las religiones, se dijo en su momento, estaban destinadas ya fuera a quedar relegadas a la vida privada o la extinción.

De hecho, el triple fracaso de la descolonización —con las desilusiones posteriores a los procesos de independencia en las antiguas sociedades sometidas a Occidente—, del liberalismo, junto con el incremento en el desempleo y las crisis, de manera notable en los Estados Unidos pero también en Europa; y el fracaso, finalmente, del socialismo en los países de Europa del Este, fueron factores que suscitaron, con un efecto de bumerán, un resurgimiento de las variantes más fundamentalistas de la vida religiosa en el mundo islámico, judío o cristiano. Apareció asimismo una ideología en vías de desarrollo, la ecología, que no se considera a sí misma, se afirma en su versión francesa, precisamente como una ideología: “ni de derecha ni de izquierda”. Pero también en la antigua Unión Soviética, debido a la selección de los problemas que movilizan a sus adeptos, la defensa de la naturaleza tal vez ha podido llegar a ser asimismo un modo de acción democrática (en Siberia) nacionalista (en los estados bálticos), y tradicionalista.

Esta situación influye sobre la visión global de la Historia que dominaba hasta entonces, incluida en una ideología del progreso —y por ende volteada hacia el

futuro—; esta visión, en la época de las Luces ocupó un lugar preeminente, por encima de una visión en donde el pasado, o la Edad de Oro, era la referencia obligada.

El segundo hecho que da cuenta de la crisis de la historia es la nueva relación que se ha creado entre la historia erudita, considerada científica (si bien, en realidad la mayor parte de las veces, simplemente era erudita, no demostrativa), y las otras formas de la historia —ayer la novela y hoy las diferentes maneras que adoptan el cine o la televisión para hacer historia. En realidad, esta característica no es nueva, puesto que, gracias a Alejandro Dumas o Tolstoi, ya se sabía que la novela podía entrar en competencia con la historia erudita. Se sabía, asimismo, que los ingleses tenían un conocimiento de Juana de Arco que procedía de las tragedias shakesperianas (aun cuando la información en la que éstas se basaron haya sido inventada), más que de las obras de historia. Sucede que una obra literaria goza de una gran longevidad, mientras que un trabajo científico destierra a su precedente porque, con el paso del tiempo, se modifica el retroceso de la historia.

Así, el problema no es nuevo, pero los hechos sí lo son. Primero, porque con el cine, y sobre todo con la televisión, la masa de las obras de ficción histórica no deja de incrementarse y oculta a los escritos consagrados al conocimiento positivo (analítico). Segundo, debido al descrédito de los escritos históricos, durante mucho tiempo al servicio de un partido, de un Estado o de una Iglesia, el análisis novelesco ha sido considerado, por primera vez, como más creíble que un trabajo erudito. ¿No hace que intervenga lo imaginario, lo no dicho? Lo imaginario y lo no dicho forman parte de la historia tanto como la Historia. Un tercer hecho que interviene para desestabilizar a la historia tradicional, que nadie ha planteado realmente hasta este momento, es que se supone que lo histórico debe expresarse por la vía escrita, sobre el papel, más que a través de la imagen o de cualquier otro medio de apoyo.

Estas cuestiones, estas preguntas, no están tan alejadas de lo que uno se imaginaría, del problema del modo de producción del análisis histórico. De hecho, frente a la historia oficial, que se plasma en forma escrita, se manifiestan otras formas de expresión. Por ejemplo, el muralismo, en México, que lleva en sí mismo la dinámica de una resistencia revolucionaria a fin de que las masas analfabetas puedan conocer y comprender su pasado. Asimismo, el cine en video se ha convertido en una de las formas privilegiadas de la contrahistoria.

Pero la principal dificultad en la elaboración de un análisis histórico, plenamente conocida e irrefutable, sin duda, es la multiplicación de los centros del conocimiento histórico. Podemos enumerar al menos cuatro.

La historia institucional u oficial

La primera, la historia institucional o la historia oficial, es el producto, consciente o no, de las instituciones encargadas de administrar a la sociedad. Este tipo de historia es dominante porque encarna y legitima a los regímenes que la producen. Este tipo de historia es la transcripción de la necesidad que tiene cada grupo social, de cada institución, de justificar su existencia, su dominio, ya sea la Iglesia, el Estado, el Islam o el Partido. Este tipo de historia "oficial" tuvo su apogeo en los siglos XIX y XX. En Francia, por ejemplo, bajo la Tercera República, el historiador glorificaba la nación y debía fabricar patriotas sinceros; de otro modo, decían los memorándum ministeriales, "habría perdido el tiempo". El mismo fenómeno ocurre en Inglaterra, donde, en el siglo XIX y a principios del XX, se escribía que "Napoleón no hubiera cumplido su destino en Inglaterra [...] porque en el seno de un pueblo que posee un sentido moral, el puesto supremo no se toma por la fuerza"; este juicio legitima al régimen parlamentario inglés, a través de las virtudes de la sociedad.

En este tipo de historia, la función de lo que está por escrito es independiente del signo ideológico que subyace a la institución. En Francia, por ejemplo, se han desarrollado diversas historiografías institucionales de manera simultánea: una historia católica y una historia protestante se enfrentan en la Reforma y en las guerras religiosas, y no glorifican a los mismos héroes; además, bajo la Tercera República, una versión laica y una clerical se enfrascaron en una guerra de manuales, cada una de ellas con sus propios héroes, Étienne Marcel, Kléber, por un lado, y San Vicente de Paul, Santa Genoveva, etc., del otro. Cuando el poder cambia de signo, en este tipo de historia los héroes del pasado cambian de sentido. Así sucede en el caso de Juana de Arco. En la medida en que la monarquía se refuerza, con el apoyo de los juristas, el triunfo de un rey no puede atribuirse a una santa o a una hechicera, sino que más bien se dice "que el rey le permite ayudarlo". En el siglo XVII, cuando la Iglesia reforzó su relación con el Estado, apareció la versión piadosa de Juana de Arco. Como el proceso llevado por el obispo Cauchon molestaba a la Iglesia, se responsabilizó a los ingleses del proceso. Con la República, la versión católica molestaba a una nación laica; entonces se dejó de afirmar que Juana escuchaba voces, y se dijo que *creía* escuchar voces. Finalmente, después del acuerdo franco-inglés, en 1904, el obispo Cauchon reencuentra su lugar, los ingleses quedan satisfechos con entregar a Juana a la Iglesia pero, para salvár el honor de dicha institución, se hace apare-

cer a un testigo que ofrece a Juana una cruz cuando ésta se encuentra en la hoguera. Antes del siglo xv este testigo jamás había sido mencionado.

Es posible encontrar paralelos a este ejemplo francés en otros países: la historia oficial adapta el sentido de los hechos históricos a las necesidades del poder en el sitio en cuestión.

La historia institucional reina como en la Unión Soviética, no cabe duda, en los lugares en los que rige la dictadura de una sola institución, donde la fuente que produce la historia se ubicó en el partido comunista y donde la historia, en tanto que disciplina, se convirtió, por su propio sentido, en un asunto del partido, en un asunto de Estado. La historia enjuicia los casos de quienes han contravenido el curso “normal” de la historia, en el sentido marxista de esta visión; es decir, el paso de una fase a otra de un desarrollo determinado: así, van siendo condenados, de manera sucesiva, la Iglesia, la nobleza, los capitalistas. En el panteón de los héroes figuran quienes han combatido a estos grupos: Galileo, Copérnico, Bacon, Marx, etc. Recordemos de manera esquemática algunas otras características de la historia como la que predominaba en la Unión Soviética hasta antes de la perestroika.

- La expulsión de la historia de la Unión Soviética, es decir, a partir de 1917, de los personajes considerados negativos, o bien que reaparecen, en la medida en que hayan estado en desacuerdo con Lenin o Trotski; este dispositivo se acompañó de la desaparición de los miembros del partido a los que la historia ha juzgado como equivocados.
- En nombre de una visión de la historia animada por las masas, aparecieron algunos héroes anónimos, que van desde Stakhanov hasta Gagarin. Se trata en este caso de una sustitución de quienes han hecho la historia —una visión “idealista”— a cambio de aquellos que han sido producidos por la historia.
- Una transformación retrospectiva del sentido de los sucesos o del diagnóstico de una situación en función de las necesidades de la política inmediata. Así, tenemos el ejemplo del estado económico de Rusia en 1914. Se le considera “avanzado” en octubre de 1917 a fin de legitimar el paso hacia el socialismo; “retrasado”, en 1936, para reagrupar a los Estados de la Europa oriental y mostrar la amenaza que una Alemania avanzada ejercía sobre ellos; “retrasado”, de nuevo, en 1956, porque reconocer que Rusia disponía ya en 1914 de una economía avanzada hubiera implicado que el socialismo no era el responsable de alcanzar el logro del progreso.

Estas últimas características son particulares de la Unión Soviética, si bien también podemos identificarlas parcialmente en China. Pero, de manera más frecuente en el mundo occidental, la historia vulgata, la que se enseña en las escuelas, es un compromiso entre distintas fuentes: la Iglesia frente al Estado-nación en Francia o en España; el Estado-nación, el partido y la Iglesia en Polonia, la visión hispanizante o indigenista en México, etcétera.

Este “producto” presenta algunos rasgos comunes. Se trata de una historia que se apoya en una organización *jerárquica* de las fuentes y de las referencias, un dispositivo que es un reflejo de las relaciones entre los poderes; así, los textos reales o los gubernamentales, los archivos de Estado, las referencias bíblicas o las coránicas, los juicios sobre Marx, Lenin o Mao, son documentos con un valor en sí mismos. Luego vienen los comentaristas, como los *hadiths* en los países islámicos, o las ordenanzas en un país monárquico, frente a las estadísticas oficiales. Más retiradas, encontramos las fuentes públicas, como la prensa, que toma en cuenta los testimonios de los individuos comunes y corrientes, que pueden servir de referencia, pero no como un referente. En cuanto a las imágenes, los gestos, las canciones o las películas —este tipo de historia las considera como de pacotilla—, son aceptadas, en el mejor de los casos, como objetos de la antropología histórica: los proverbios, las imágenes *sagradas*, etcétera.

A no ser que se consideren las películas, las reconstrucciones históricas, no como un análisis o como una forma de discurso, sino como reproductores de la historia oficial —y a sus narradores como sus maestros—, el Estado, la Iglesia, etc., observan las películas con una condescendencia crítica y ligera. No son consideradas tan serias como los Archivos, como si los Archivos dijeran la verdad; como si el discurso —mentiroso— de un político o las cifras alteradas de un empresario se convirtieran en una verdad científica una vez que quedaran ubicadas en los Archivos. Marc Bloch ya lo señaló: los documentos oficiales, los Archivos, no son sino un testimonio. Un testimonio entre otros.

Esta primera fuente de la historia presenta otras características. En primer lugar, se trata de un discurso general que, de hecho, es eurocéntrico (es decir, etnocéntrico) y no se ocupa del destino de los pueblos sino cuando su historia se cruza con la europea. Luego, es un discurso en el que la noción de civilización ocupa un lugar central, porque tiene como función la afirmación de la superioridad de Europa —es el caso de Toynbee o Spengler, por ejemplo—. En el siglo XIX el eurocentrismo, asociado a la noción de civilización, definió un inventario de valores que, siendo

Europeos por excelencia, definían lo que era *la* civilización: la unidad nacional, la centralización, la obediencia a la ley, la industrialización, la construcción pública, la democracia representativa; estos son los criterios que alimentan una especie de *código de derecho para ingresar a la Historia*. Así, en el Occidente, Rusia no puede ingresar “verdaderamente” en la vulgata de la historia “general”, sino a partir de Pedro el Grande, quien se ocupó de “europeizarla”. Algunas veces el reinado de Iván IV es mencionado porque “anuncia” el poder futuro de los zares. Pero hasta ese momento se dice que Rusia es “atrasada”; una característica que también vale para Japón en 1868. Lo que subyace es la idea de que el camino hacia el “progreso” es necesariamente occidental; una idea que ha sido cuestionada, especialmente en países como Japón.

Otro rasgo que podemos mencionar es que, construida bajo el signo de la nación-Estado, la historia institucional dominante no toma en cuenta las distintas comunidades étnicas sino hasta el momento en el cual se integran a la nación-Estado que las absorbe. En Alemania, por ejemplo, Wurtemberg desapareció de las obras de historia una vez que quedó integrado al Imperio alemán en 1871; como si sus habitantes no hubieran tenido una historia propia anterior. Encontramos la misma actitud en la Unión Soviética hacia Georgia, Armenia, Ucrania, etc., respecto a los cuales la historiografía soviética habla incluso del “punto muerto” en el que se encontraban las culturas tadjik, uzbequistana, etc., antes de su anexión a la Unión Soviética. Sin embargo, importa anotar que en la URSS existía una historia múltiple que, sin valorización, reconocía al menos la existencia a estas culturas, lo que no hizo la historiografía europea respecto a África o a la América precolonial.

Observemos, finalmente, que el eurocentrismo no es sino una variable dominante; es verdad, de un etnocentrismo que existe también fuera de Europa y que con frecuencia va asociada a una visión global de la historia.

En los países islámicos, durante la época precolonial, la ciencia geográfica árabe consideraba a Iraq como el ombligo del mundo, y la repartición de los climas estaba concebida de manera tal que el cuarto clima, el de Iraq, se encontraba en el centro, con tres zonas climáticas al norte y otras tres al sur. Los otros pueblos eran evaluados en relación con las cualidades de los árabes, respecto a los cuales, naturalmente, todos resultaban inferiores. Este etnocentrismo aparece asimismo en la historiografía institucional de la India, de Japón, etcétera.

El último rasgo de la Historia oficial es el silencio que impone a ciertos secretos de familia —los principales silencios se vinculan con el principio de legitimidad

sobre el cual se apoya una institución, y aún más con los orígenes de esta legitimidad—. En lo que concierne a la historia sagrada —de la cual la Iglesia de Roma es la institución fundadora—, se oculta que los textos sobre los que se apoya la legitimidad del papado, la Donación de Constantino y los Decretales de Isidoro de Mercado son falsos, como lo demostraron Laurent Valla y Nicolás de Cues en el Renacimiento. En Japón, se oculta que ya existían japoneses desde antes de 660, la fecha “legendaria” en la cual se considera que la diosa Anaterasu creó el país e instauró la dinastía imperial. En la Unión Soviética la historia oficial ocultó el pequeño golpe de Estado de Lenin quien, durante la insurrección de octubre, firmó un decreto del PVRK revocando al gobierno provisional en nombre del *soviet*, sin tener la capacidad para hacerlo. Estamos frente a tabúes.

En fin, la historia oficial oculta los hechos vergonzosos que pudo haber cometido la institución fundadora: crímenes y masacres, genocidios, etc. —rasgo que encontramos en todos los países.

La contrahistoria

La segunda fuente de la historia es la contrahistoria, que se constituye en primer lugar por los silencios de quienes no cuentan con historiadores que escriban su historia, como los judíos, cuya historia se redujo durante varios siglos a las cronologías de los rabinos. Muchos judíos no se decidían a estudiar una historia que no era sino de humillaciones y sufrimiento. Curiosamente, el pueblo judío no tuvo un lugar en la historia debido a las mismas personas que estuvieron excluidas, por su parte, en tanto que objeto de la historia; en Polonia, por ejemplo, desde que la civilización del Shtetl marcó la cultura, o tal vez pese a esta simbiosis, la palabra “judío” no apareció en la historiografía, sino hasta 1945. La historiografía polaca ignora igualmente el antisemitismo; nunca acepta su existencia, al igual que la historiografía alemana, por cierto. El genocidio señala la ausencia de los judíos, y algunos no lo consideran como un accidente que marca su final (F. Furet).

Así, son los vencidos, cuya historia ha sido enterrada, quienes animan esta segunda fuente: pero únicamente la creación de una institución puede disponer de la fuerza y de la permanencia que les permita tener un discurso distinto, paralelo al de la historia oficial, al de las instituciones dominantes —de otro modo, sus autores no podrían expresarse o se harían asesinar: por ejemplo, hoy en día, ¿podría escribir

algún historiador palestino o árabe, sin riesgo, que Jerusalén es la capital natural del estado de Israel? Escribir una contrahistoria de *contrabando*, tal ha sido la suerte de los rusos, de los Amalrik, de los Roguinski.

Sobre todo, son los pueblos colonizados los que, en primer lugar, han intentado formular o escribir una contrahistoria. Al alcanzar la libertad, su contrahistoria se ha convertido en historia oficial.

Esta contrahistoria es, en primer lugar, una batalla en torno al discurso. En Argelia, por ejemplo, se cuestiona la versión tradicional francesa, se muestra que en 1830 “se firmó una convención que respetaba los bienes y la libertad de los argelinos, que no fue respetada por los franceses”. Encontramos igualmente una lucha en torno al discurso en la India, Vietnam, y hoy en día en Kazan o en Alma-Ata, frente a la historiografía rusa o soviética.

En segundo lugar, se libra una batalla en torno a los valores: por ejemplo, en el mundo árabe-islámico, o turco, la glorificación de los nómadas toma el lugar de la glorificación de los sedentarios, una de las características de la “civilización” occidental. Pero es sobre todo en China donde se ha dado una resistencia frente a la visión occidental de la Historia, precisamente porque el mundo chino se considera a sí mismo como la civilización por excelencia. Los chinos han observado los criterios de civilización de los europeos, tienen de hecho, como propósito y como función, legitimar la dominación económica del mundo occidental. En nombre de la lucha en contra de la barbarie, se habría impuesto un derecho occidental, que sustituiría al del “fanatismo religioso”, una legalidad que aseguraría plenos poderes a la moral de las ganancias.

La contrahistoria no es privilegio de los pueblos coloniales, sino de todas las categorías que consideran que han sido “perseguidas” por la Historia. A partir del modelo anticolonial han identificado su combate con una lucha antiimperialista, como los corsos o los occitanos en Francia, los vascos en España, los quebequenses en Canadá, los negros en los Estados Unidos, los indígenas chiapanecos en México, etc. Observamos que en el seno del mundo occidental en el siglo xx esta contrahistoria se expresa también tanto en la cinematografía como en la literatura escrita. Se critica la visión oficial que las instituciones dan a la sociedad, y se pone bajo una luz negativa el funcionamiento de la justicia, de la enseñanza, de la economía, de la medicina, etc. Así, la cinematografía ha sido la forma privilegiada que tienen cineastas como Kulechiv, Fritz Lang, J.-L. Godard, J. Reoir o J. Ivens, para combatir la historia oficial, para ir a contracorriente. Así, en los países capitalistas, antes de 1968 los

cineastas “de izquierda” actuaron, en este sentido, en contra de las representaciones de la ideología dominante; después fueron seguidos por los semidisidentes en la Unión Soviética, como Tarkovski. Incluso hoy en día, en la América andina, en la África negra, el film es el apoyo más eficaz de la contrahistoria. En Senegal la cinematografía es el único medio que osa combatir los excesos del islam.

Lo que debemos observar es que, pese a cualquier oposición, la contrahistoria y la historia (oficial) poseen características *similares*, incluso si las ideologías subyacentes son contrarias: prioridad del discurso, jerarquización de las fuentes, obras producidas al servicio de una causa.

La memoria de las sociedades

Ya sea individual o colectiva, la memoria de las sociedades aparece como una *tercera fuente* de la historia.

La memoria individual —escrita u oral— es una fuente bien conocida por los historiadores. Hoy en día, la historia oral a través de entrevistas personales se ha convertido en una de las formas favoritas de las investigaciones. El movimiento de recopilación de la memoria oral comenzó en Polonia antes de la Segunda Guerra Mundial, se desarrolló después en Inglaterra, luego en Francia y, actualmente, en Rusia. Los artesanos, los mineros, los miembros de la resistencia bajo la ocupación, los antiguos deportados de los campos nazis o de los *gulags*, han sido de manera sucesiva los objetos privilegiados de estas investigaciones. Naturalmente, esta memoria individual no es más confiable que un documento oficial, pero, en Rusia, donde la historia oficial ha sido tan engañosa, se experimenta una tendencia a revalorizar la memoria, a basarse en ella y a identificarla con la Historia.

Un ejemplo reciente muestra que la memoria es poco confiable. Lo ubicamos en la gran investigación oral llevada a cabo por Freddy Rafaël en torno a los judíos en Alsacia antes de la Segunda Guerra Mundial. En tanto que alsacianos, habían sido evacuados con el resto de la población en 1939 al sur de Francia. De milagro lograron evadir la deportación; poco después de la guerra fueron llevados en su mayor parte a Marsella, a Niza, a Clermont-Ferrand. Una investigación efectuada en Alsacia hacia 1980 en torno a los alsacianos no judíos ofrece testimonios de sus sentimientos de antipatía hacia a los judíos de 1939: se dice que eran usureros, sucios, etc. “Se fueron, qué alivio”. Así, la investigación permite constatar que, de hecho, si los judíos

efectivamente prestaron dinero a los habitantes de esta región, fue porque los bancos se habían negado a hacerlo —pero los alsacianos lo habían olvidado: en cuanto a la suciedad, estaba relacionada con los oficios que practicaban, especialmente el de curtidor—. Estos mismos judíos, dispersos en 1980 y entrevistados, guardaban un recuerdo idealizado de su vida pasada en Alsacia. No se acordaban de cuando les habían destruido la sinagoga, y consideraban que la expresión “judío cochino” era, en ese entonces, un simple signo de reconocimiento, algo casi amistoso...

Otra fuente de la memoria, si bien difusa, es la de los grupos sociales o étnicos que conservan su identidad a través de tradiciones y usos gestuales, alimenticios, festivos. Esta fuente difiere de la contrahistoria en múltiples características.

En primer lugar, esta fuente no dispone de funcionarios especializados a su servicio —los historiadores, puesto que no obedece a los usos y reglas de la profesión, variables, pero bien identificables. Esta historia, además, no está sometida a la crítica, y es inmutable, como una obra literaria— de suerte que difiere de los demás tipos de historia, no sólo por su contenido, sino por su estatus.

Algunas fiestas constituyen un ejemplo de este tipo de historia-memoria. Por ejemplo, Moros y cristianos en Andalucía o en el Levante es una fiesta anual que coincide con la conmemoración de la expulsión de los árabes de España. En cuatro actos, esa fiesta perpetúa su llegada, la sumisión de los cristianos, su revuelta, su liberación. La presencia de lo árabe está, así, enraizada en la cultura española, y pone el acento en las diferencias.

A diferencia de esta fiesta de Moros y cristianos, la mayor parte de las conmemoraciones no perpetúan intactos los gestos y palabras que datan de hace muchos siglos. De manera más frecuente, son un subproducto de la historia oficial, o de la contrahistoria, por ejemplo, de las ceremonias asociadas con los recuerdos de la Revolución francesa. Se selecciona lo que une a los franceses, no lo que los divide: el 14 de julio, no la muerte del rey. En la Unión Soviética, estas fiestas emanan del régimen soviético (el 1 de mayo, el 6 de noviembre, etc.) o tienen la intención de “sovietizar” las antiguas fiestas cristianas o musulmanas (el Paigamberechi, fiesta del profeta, que se hizo coincidir con una fiesta de la retirada), o se refieren a la sobrevivencia. Las fiestas relacionadas con los oficios, así como algunos ritos, constituyen así una forma de memoria que sustituye o se agrega al conocimiento histórico. En algunas islas del Mediterráneo, por ejemplo, y en ciertos lugares del Cáucaso, es decir, en algunas de las regiones que han permanecido un poco al lado de los procesos de centralización de parte del Estado, la conciencia de la Historia se con-

funde con la tradición, con un cierto orden social que define el sentido del hombre, la pureza de sangre, los lazos comunitarios, etcétera.

Pero estas fuentes son aisladas, no constituyen un conjunto; no tienen como propósito elaborar un análisis sistemático de la vida de las sociedades.

Ese es el proyecto de una cuarta fuente, la historia experimental de la Escuela de los Anales, que nació en Francia en 1929 pero que hoy en día se ha extendido hacia otros países, sobre todo hacia Italia, los Estados Unidos, Polonia e incluso Rusia.

La historia experimental y la Escuela de los Anales

Desde 1929, la crítica que llevaron a cabo los Anales a los distintos discursos históricos ha incidido sobre distintos puntos.

1. La crítica se dirigió en primer lugar contra la dependencia de los historiadores frente a los poderes dominantes en sus países correspondientes. Originado en Estrasburgo. El grupo fundador de los Anales —Lucien Febvre, Marc Bloc— pudo constatar la gran diferencia entre la interpretación ofrecida por los alemanes y los franceses en torno a los orígenes de la guerra de 1914-1918; al papel del catolicismo y del protestantismo en Alsacia, etc. En consecuencia, era necesario desideologizar la disciplina histórica.

La disciplina histórica siempre había sido compartida por tres modos: la filosofía política, que otorga un sentido a la Historia; la erudición, que fundamenta sus conocimientos, y la demostración, que le da su carácter científico. Estos tres modos interfieren en historiadores como Michelet, Kliuchevski, etc. En el caso de Ranke, la erudición es la que predomina, en los casos de Montesquieu y de Tocqueville, la demostración. L. Febvre y M. Bloch consideran que esta última, a principios del siglo xx, quedó parcialmente eliminada: es el sentido (la significación) de la Historia, la que se convirtió en el pivote en algunos historiadores, en dirección en otros más, en función de las "leyes" de la historia que la determinan.

Los Anales desean transformar la disciplina, de suerte que se convierta en un análisis independiente y autónomo: la revista se convirtió en la Biblia de quienes no querían tenerla. Para ello, conviene que las observaciones sean irrefu-

- tables —como las de otras ciencias, de las que la historia toma prestados sus métodos: la geografía, la sociología, la estadística, etcétera.
2. Asimismo, la Escuela de los Anales quiere sustituir la historia-problema por la historia-discurso porque ésta no representa garantías científicas, al ser solamente erudita; con las mismas fuentes, pueden construirse discursos distintos. Por ejemplo, este tipo de historia indica claramente la fuente de una información —Lenin, volumen 24, 3ª edición, p. 228—, pero no explica por qué el autor elige una cita en lugar de otra. La historia-discurso es, así, una sucesión de elecciones, una toma de posición sin una explicación metodológica. Personalmente, en mi volumen sobre la Revolución de 1917, de febrero, procedo de esa manera, dado que “cuento” las jornadas revolucionarias. Así, de manera simultánea, Burdialov escribió una historia de febrero, y Hagesawa otra más, distinta, etc. Además, puesto que en esta misma obra comparo las reivindicaciones de los obreros y de los campesinos con el programa de los distintos partidos revolucionarios, el trabajo ya no es un discurso, sino un análisis, y sigue siendo valioso. En este último capítulo planteo un problema. La Escuela de los Anales proclama la sustitución de la historia-problema por el discurso porque es necesario definir la pregunta planteada, explicar el principio de la elección de las fuentes, hacer una demostración lógica, etcétera.
 3. La tercera característica es la sustitución del estudio de caso, de una situación particular, por la construcción de una historia universal, cronológica. Los hechos diversos constituyen un ejemplo de estos casos, porque conllevan disfuncionamientos del orden social o político. Al estudiar el Mediterráneo, F. Braudel analizó todos los casos y situaciones que dan cuenta de su historia.
 4. Finalmente, último principio, este tipo de historia busca asir los juegos de interacción y de articulación entre la macrohistoria —de los Estados, de las economías, etc.— y los mecanismos del funcionamiento de esas sociedades en su nivel más elemental.

La transformación del análisis general de la historia de las sociedades en un conjunto de problemas planteados en el pasado y a escalas distintas de observación, es, asimismo, el objetivo de esta cuarta fuente.

La primera fuente es la del poder, la segunda, la de los contrapoderes, la tercera, la de la sociedad. Después de conocer estas tres fuentes, que fabrican un tipo de

historia, cada una de las cuales tiene su función propia, la cuarta es, por excelencia, la de la ciencia histórica, que aún está en vía de construcción.

Bibliografía

Ferro, Marc

1993

Comment on raconte l'histoire aux enfants a travers le monde entier, París, Payot.

Nora, Pierre (dir.)

1986

Les lieux de la mémoire, 4 vols., París, Gallimard.

Valensi, Lucette

1992

Fables de la mémoire, la bataille des trois rois, París, Le Seuil.

Lepetit, Bernard

1995

Les formes de l'expérience, une autre histoire sociale, París, EHESS.